

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

ROBERT BARBOUR JOHNSON

EL ATAÚD DE PLATA

¡Cuidado señor! —me advirtió el viejo—. Pise con precaución. Estas viejas escaleras están desgastadas y resbaladizas aquí. Y el túnel en sí es muy bajo y estrecho. Es mejor así, por supuesto, porque es menos llamativo. Solo un par de hombres del cementerio saben que está aquí abajo, señor, debajo de las otras bóvedas. Y ninguno de ellos sabe a dónde lleva, ni qué hay en la vieja cripta.

(Levantó su linterna. Vi una gran cámara de piedra delante, las paredes húmedas y cubiertas de extraños líquenes que eran como una pálida lepra que crecía sobre todo. El silencio de la muerte cayó sobre nosotros mientras estábamos parados allí)

Aquí estamos, señor —dijo el viejo—. Aquí está el lugar donde he estado vigilando todos estos años. ¿Cómo lo soporté? Es una pregunta que a menudo me he hecho, señor. Soy lo que podría llamar alguien criado para el trabajo. Era la tarea de mi padre antes que yo. Es una especie de tradición en la familia, digamos, un legado al que no podemos renunciar.

Ahí está mi propio hijo, señor. Paul (acaba de cumplir veinte años), tendrá que traerme aquí, a la cripta, cuando sea demasiado viejo para continuar. Él ya lo sabe, pero a veces puedo ver la sombra del futuro en su joven rostro, y me preocupa, señor, más de lo que puedo decir. Pero entonces él podría estar peor, ya sabe. Tendrá un trabajo seguro y buenos salarios a lo largo de su vida, tal como yo lo he hecho, y todo solo por mirar aquí de noche.

En estos tiempos malos, un hombre podría estar mucho peor. El fondo fiduciario Holt se encarga del pago, lo garantiza en todo momento. Y en cuanto a un aumento, bendito sea, señor, podría pedir diez veces el dinero que estoy obteniendo ahora, y nunca habría una pregunta.

Como le decía, señor, siento que esto es un deber y no un trabajo. De alguna manera, incluso hablar de más dinero para hacerlo parece un... ya sabe, señor, estaba a punto de decir "sacrilegio". Gracioso, ¿no? Porque el buen Dios sabe que no hay nada sagrado en este negocio. ¡Saborea más del Otro Lugar, si entiendes lo que quiero decir!

(Las sombras se arrastraban como ratas lisiadas a nuestro alrededor)

Ya ve, señor —continuó la voz ronca—, debe haber siempre un guardia aquí abajo. Alguien tiene que mirar, noche tras noche, alguien que tenga discreción, paciencia y coraje. Esas fueron las virtudes de mi padre antes que yo, y las he copiado lo mejor que pude. Y usted sabe, señor, ¡un hombre no duraría aquí a menos que fuera bastante estable! A veces tienes pensamientos extraños en las largas horas antes del amanecer, cuando no hay más sonido que el goteo de humedad de los viejos arcos, y ese otro sonido que escuchará en un momento, señor, ese sonido que no ha cesado en medio siglo, y puede que nunca cese hasta que suene la trompeta del Juicio.

Usted entiende, por supuesto, que los Holt no son solo otra familia. Son los mejores, si sabe a lo que me refiero, señor. Están orgullosos y tienen derecho a estarlo. Eran nobles en Inglaterra, señor, y también han sido gente noble aquí, ya que Virginia todavía era un feudo real. Estaba el general Ebenezer Holt, que luchó junto a Washington durante la Revolución, y Abijah Holt, que estaba con Perry en el lago Erie, y, oh, muchos otros tan distinguidos. Los Holt son una línea poderosa, señor. De cuello rígido, algunos los llaman, pero es su sangre lo que los hace así.

Y, por supuesto, esta mancha debe mantenerse en secreto a toda costa. Incluso hay algunos de la familia que no saben; acaban de escuchar que algo extraño estaba mal. Solo el jefe de cada generación baja en la bóveda, y luego solo en recorridos de inspección ocasionales para asegurarse de que todo esté bien. El joven señor Gerald Holt, aunque ahora no es tan joven, supongo (el tiempo se le escapa a uno aquí abajo), tenía el pelo gris en las sienes la primera vez que vio la bóveda.

Así que supongo que no tengo nada de qué quejarme. No me conmueve personalmente la cosa. Es un horror objetivo para mí, por supuesto, del mismo modo que lo será para mi hijo cuando me vaya. Pero el horror que le espera a cada joven Holt cuando sea mayor de edad... bueno, te enferma de solo pensarlo, señor.

Por supuesto, todo el secreto ha sido bien guardado todos estos años. Los Holt son dueños de este cementerio. Se supone que soy solo uno de los guardias regulares. Llevo el uniforme y ayudo un poco en la excavación de tumbas y los funerales de vez en cuando, para que no haya sospechas. En general, se cree que estoy vigilando este lugar por el ataúd de plata. Eso sería un premio para los ladrones, ¿no es así, señor? Aunque, por supuesto, no hay peligro de robo ahora.

Es por un propósito completamente diferente que vigilo aquí desde el anochecer hasta el amanecer, señor. No para mantener algo fuera, sino para mantener algo dentro, si entiende lo que quiero decir.

¿No sabía usted sobre el ataúd de plata? Es el único que se ha fabricado, hasta donde yo sé. El viejo ordenó que se lo hiciera en su testamento. Él tenía una gran fe en eso, dicen. Verá, la plata siempre ha figurado fuerte en las leyendas sobre ellos, señor. Las balas de plata eran las únicas cosas potentes contra sus vidas impías. Y esto, señor,

era una bala de plata de siete pies de largo, soldada en una masa sólida. Nunca había visto algo tan asombroso como ese ataúd. Solía levantar el manto a veces por la noche, solo para mirarlo. Me haría sentir más seguro ver esa superficie reluciente entre mí y el horror a través de largas vigiliass nocturnas.

Dicen, señor, que fue el propio Andrew Holt quien recolectó la plata. Estuvo en el extranjero durante muchos años en sus viajes de contrabando, y recogió muchas cosas extranjeras, candelabros y jarrones e incluso crucifijos de plata, dicen, que se fundió en lingotes. Pero miles y miles de dólares de plata también entraron en los lingotes. Encontraron una fortuna en ladrillos de metal en la habitación del anciano cuando murió, escondidos debajo de una tela. Así es como sabían que la maldición estaba sobre él, ya lo ve, por eso, y por la voluntad que dejó, indicando la preparación del ataúd de plata y de esta cripta, así como del fondo fiduciario para el cuidado perpetuo, que soy yo, señor, como lo fue mi padre, y como lo será mi hijo después de mí, que fuimos, somos y seremos sus guardianes.

—Descansaré tranquilamente en un ataúd de plata —me dijo mi padre que dijo el viejo Holt en su testamento—. No habrá necesidad de temer, siempre que no haya grietas en el metal. Entonces, mi deseo final es que ninguna estaca en el corazón, ninguna mutilación o herida ceremonial profanará mi cuerpo después de ser enterrado. Así que deja que continúe mi resistencia antinatural hasta que la mancha que hay en mí perezca por falta de alimento para su vida impía. Porque sin la sangre seguramente habrá una muerte eventual incluso para los inmortales.

Los Holt cumplieron sus deseos al pie de la letra. Construyeron esta bóveda para él y pusieron a mi padre a vigilarlo en su ataúd de plata. Y los años pasaron sin incidentes de ningún tipo. Durante la vida de mi padre, la tumba del viejo Andrew fue solo otra tumba más por día; aunque solo Dios sabe lo que sucedió aquí durante las largas vigiliass nocturnas. El cabello de mi padre se volvió blanco mucho antes de su tiempo. Pero vivió más de setenta años, señor, y finalmente murió en paz en su cama. Los Holt lo enterraron en su propia parcela, y pusieron una lápida en su tumba que dice: Bien hecho, buen y fiel servidor.

Dormiré a su lado cuando llegue mi turno, así me lo aseguró el señor Gerald: porque la deuda que mi familia te debe a ti y a la tuya, dice, nunca se puede pagar.

Se refería, por supuesto, a ese asunto de hace unos años, cuando el horror se desbordó, ya sabe. Y fui yo el primero en descubrirlo. Por supuesto, ese es mi trabajo: vigilar esas cosas. Por eso estoy aquí abajo en la noche. Pero, por extraño que parezca, no fue por estar de servicio en la bóveda que descubrí lo que estaba pasando. Fue leyendo los periódicos locales durante el día.

Todavía no sé por qué debería haber estado tan interesado en esos niños y su misteriosa enfermedad. Supongo que fue solo un presentimiento. Toda mi vida había

temido que tal cosa pudiera suceder, a pesar de que el ataúd parecía una invulnerable. Pero me di cuenta de inmediato de la importancia de la epidemia que estalló entre los pequeños mocosos pobres en las viviendas de Minsport, a apenas una milla de distancia de aquí.

Anemia perniciosa, los médicos insistieron en que eso era. Niño tras niño se enfermaron y se consumieron, sus pequeños cuerpos se volvían cada día más pálidos y sin sangre hasta que finalmente la muerte terminó con sus sufrimientos. Uno, dos, tres, una docena de ellos, todos tomados de la misma manera en tantos días, o más bien noches, llorando a sus padres sobre sueños extraños y salvajes, quejándose de los dolores en sus gargantas cada mañana al despertar del sueño perturbado; pero muriendo, señor, muriendo lentamente a pesar de todo lo que la ciencia hizo para salvarlos. Consumidos, fueron arrojados como sacos en este mismo cementerio.

Dios sabe cuánto tiempo había pasado antes de que me diera cuenta. Pero cuando por fin lo supe, fui inmediatamente al señor Gerald con la historia.

—Por fin ha llegado —le dije—, el horror que hemos estado temiendo todos estos años —Le mostré los artículos en los periódicos—. ¿Reconoce los síntomas, señor?

Por un momento pensé que se iba a desmayar. No es broma, señor, ver la cara de un hombre sano ponerse blanca como el mármol y su respiración cortada por una sorpresa abrumadora.

—Pero, pero —tartamudeó por fin—, ¡no puede ser cierto! ¡No puede ser! ¡Has estado allí mirando todas las noches! Habrías visto algo...

Negué con la cabeza.

—¡Es imposible verlos, señor! —le dije—. En eso coinciden todos los libros que he leído. Vienen y van como fantasmas; solo que no son fantasmas, sino algo mucho, mucho peor. La plata en ese ataúd debe haberse agrietado, señor Gerald.

No quería creerme, por supuesto. Pero finalmente lo persuadí para que fuera y mirara a una de las pobres víctimas que fueron enterradas en la morgue local. Sin duda alguna, ciegos o locos, los médicos deben haber estado al tanto de la "anemia" y pasado por alto esas marcas que eran tan claras en la garganta blanca del bebé muerto; las hinchadas marcas lívidas donde los dientes afilados como agujas habían presionado para drenar la sangre vital y dejar a la pequeña forma tan vacía y delgada que casi podría haber sido una muñeca de trapo grotesca, ahora yaciendo delante de nosotros en la losa.

—¡Nosferatu! —murmuró mi amo mientras se volvía—. ¡Nosferatu, el inmortal! De alguna manera, nunca lo creí hasta ahora. He cumplido los deseos del abuelo porque

fue su voluntad que lo hiciera. Pero mi cordura siempre se aferró a la esperanza de que todo fuera solo la locura de un viejo senil delirando con las supersticiones que había recogido en sus andanzas balcánicas. Leí en su testamento lo que dijo que lo había mordido en la noche, le había chupado la sangre y lo había convertido, bueno, en lo que dijo que era. Pero nunca creí realmente.

(Sacudí la cabeza con tristeza)

Creería si pasara la noche en la bóveda conmigo, señor, si pudiera escuchar lo que he escuchado y ver lo que he visto. ¿No lo ve, señor? Nos hemos confiado demasiado en las propiedades del ataúd. ¡Debemos actuar de inmediato! La Cosa gana fuerza y astucia con cada pequeña vida que se lleva. Debemos matarlo de una vez por todas. Sé cómo hacerlo. He leído los antiguos rituales, y he preparado todas las cosas necesarias para tal emergencia.

Pero el pobre señor Gerald se contuvo.

—No habrá estacas en mi corazón —citó—, ninguna mutilación o herida ceremonial profanará mi cuerpo después de ser enterrado. Eso nos hizo jurar el abuelo, y hemos cumplido bien todos estos años. Su familia y la mía le han servido en ella. ¿Todos nuestros esfuerzos deben quedar en la nada solo por una pequeña grieta en el ataúd? Seguramente podemos encontrar esa grieta, sellarla.

—Pero con el tiempo habrá otra, señor —dije—. Y otra. ¡Incluso la plata no es lo suficientemente fuerte como para resistir la eterna lucha de lo que nunca muere, de lo que nunca cesa en sus ciegos esfuerzos por escapar y encontrar su alimento impío!

Y luego, de repente, la cara del señor Gerald se iluminó.

—¡Fuerza! —jadeó.

—¡Eso es! Más fuerza! La resistencia de la plata ya no es suficiente. Hay otros metales más duros hoy en día. Tenemos los recursos de la ciencia moderna para enfrentar este horror del pasado. Te digo que aún podemos sellarlo por toda la eternidad. ¡Espera y verás!

Al día siguiente vinieron los trabajadores, señor, de Bessemer, con sus aparatos extraños y sus andamios y sopletes. Durante días, esta vieja bóveda se iluminó con una sibilante llama azul como una forja del infierno, señor, y resonó con un martilleo tan fuerte como para quedarse sordo. Y cuando los hombres hubieron hecho su trabajo, mire, señor: ¡eso es lo que dejaron atrás!

(Sostuvo la linterna en alto. ¿Qué era esa vasta forma negra que sus rayos iluminaban en el extremo más alejado de la bóveda? ¿Esa monstruosa forma reluciente en los

caballetes de piedra? ¿Un ataúd? Pero seguramente era más grande que cualquier ataúd hecho por la mano del hombre)

¡Me dicen que es una nueva aleación que usan para acorazados, señor! —dijo el viejo con orgullo—. Una carcasa exterior de acero inoxidable soldada al ataúd de plata mismo. Soldadas las capas externas e internas, de modo que el poder mágico del metal blanco, sea cual sea la fuerza extraña que tenga para mantener a raya al mal, será eternamente respaldada por el acero más fuerte de la tierra. Dudo que un rayo pueda abollar esa superficie brillante, señor. Durará mil años, incluso con lo que aún lucha en su interior.

¡Sí señor! Yo también lo escuché, señor. Por supuesto que lo escuché. No es una novedad para mí. Todos estos largos años lo he estado escuchando, aquí en el silencio de la noche. Pero me preguntaba cuándo lo notaría usted, señor. Se oye bastante claro después de un tiempo, porque todo está tan amortiguado aquí que podría provenir de millas de distancia. Pero está justo aquí, en la cripta, con nosotros, ese sonido que se filtra a través de la plata y el acero.

Realmente no hay nada humano en eso, ¿verdad, señor? Puede ser el aullido de un lobo, o casi cualquier cosa salvaje y bestial. Y, sin embargo, a veces hay una nota de miseria humana y desesperación en él. Solo que esta noche hay más amenaza que otra cosa, señor, más de lo que he escuchado en todos estos años. Sabes, sabe, me pregunto si... ¡Dios mío! ¡Mire! ¡Mire allí!

¡El ataúd! ¡Se movió!

Sé que esa cosa pesa muchísimas toneladas. Nuestras fuerzas juntas no podrían tanto como inclinarlo. Y, sin embargo, lo vi moverse un poco. ¡Ahí! ¡Otra vez! ¿Lo ve, señor? No es solo el parpadeo de la luz de la linterna. ¿No puede sentir sus vibraciones en las paredes que nos rodean, en las piedras que nos rodean cuando se sacude? ¡Oh Dios, señor! Todo es mi culpa. Nunca debí haberlo traído aquí. Nunca pensé... es su sangre, por supuesto, lo que lo enloquece, ¡el olor de su sangre! Está acostumbrado al mío, de todos estos años de familiaridad. Pero usted, joven y fuerte... Durante todos estos largos años no ha tenido mucho para apagar su horrible sed. Se está muriendo, señor, de una inanición tan lenta y horrible que ni siquiera podríamos imaginar. Y ahora, sangre fresca... su sangre...

No, señor, no podemos huir de él. No se puede huir de cosas más rápidas que la luz. Si escapa, debemos luchar contra él, señor. Aquí, tenga esto. Sé que no es más que una estaca de álamo, bien afilada, pero contra él es un arma mejor que cualquier pistola. ¡Y aquí! Enrolle esta ristra de ajo alrededor del cuello. ¡Ahora lo desafiaremos juntos! Lucharemos contra todo el infierno, si es necesario.

¡Oh cielos, señor! ¡Cómo se sacude ese ataúd! ¡Cómo se balancea y se tambalea en sus

caballetes de piedra! Todas esas toneladas de peso temblando como una gelatina. Le digo, señor, nunca antes había visto algo así. La furia ciega y la malignidad. ¡Dios, señor! ¡No lo sé! ¡No lo sé! Nunca lo vi así antes. Solo podemos rezar...

¡Golpes! Ese horrible sonido de rocas astillándose en polvo, esas nubes de polvo surgiendo para asfixiarnos, ese fue el ataúd cayendo, señor. Lo vi tambalearse justo al borde de los caballetes. Luego se derrumbó, ¡pero ahora no puedo ver nada, señor, ni siquiera su mano ante sus ojos!

Este polvo le corta el aliento a uno. Y todo el tiempo ese aullido se convierte en un himno de triunfo en nuestros oídos. ¡Manténgase firme, señor! Ore a cualquier Dios en el que crea, y prepárese. Atacaremos al corazón de todo lo que veamos en esta nube de polvo: el corazón malvado que solo puede atravesar una estaca de álamo. Lo desafiaremos jun...

Tómelo con calma, señor. No intente levantarse todavía. Solo descanse allí por un momento. Supongo que debe haberse desmayado, señor. Lo atrapé cuando caía.

¡Debe perdonar los nervios de un anciano, señor! Son estos largos años de soledad y vigiliass nocturnas. No soy el hombre que fui una vez, y la conmoción de la Cosa... pero, por supuesto, nunca hubo ningún peligro real. ¿Cómo podría haberlo? ¿No dije que nada podría dañar ese ataúd, señor? Mire, ahí está todavía, sobre las losas viejas y agrietadas del piso, sanas y salvas, a pesar de todos sus golpes; aunque el Señor sabe cómo lo levantaremos. Puede ser que tenga que permanecer siempre medio apoyado así, porque dudo que veinte hombres puedan levantarlo. Claro, la lucha lo agotó, incluso a él, señor. No ha habido ningún sonido, ningún movimiento desde ese último esfuerzo frenético.

Por supuesto, debe haber leyes naturales que rijan estas cosas, así como nos gobiernan a nosotros, señor. Y puede ser demasiado esfuerzo, bueno, tan fatal para ellos, como para nosotros.

Quizás hayamos presenciado la última lucha moribunda de Eso que nunca debería haber vivido en absoluto, señor. ¡Quizás hayamos visto finalmente la paz en el alma del viejo Andrew Holt!

Y si no ahora, seguramente debe llegar al fin, señor, tal vez no en mi tiempo, o incluso en el tiempo de mi hijo. Pero al final, señor, todos iremos por ese camino.

(Me ayudó a caminar hacia las viejas escaleras, a través de la leprosa oscuridad)